

Vine porque me dijeron que viniera

Juan Francisco Bañuelos

Vine
porque
me
dijeron
que
viniera

Juan Francisco Bañuelos



Capítulo 1

VINE PORQUE ME DIJERON QUE VINIERA

Hola, doctora, buenas tardes. Me llamo Oliver Hernández y, como le dije por teléfono, vine porque me dijeron que viniera. Ya sabe, mis papás que pegaron el grito en el cielo cuando les dije que era gay. Yo los entiendo a los pobrecitos, crecieron en otra época y pues básicamente estoy aquí para darles gusto. De hecho, le llamé a usted cuando estaba con ellos, porque me pidieron que viniera cuanto antes a terapia, disque para que me curara o una cosa así. Pero yo sé que eso no se puede porque, para empezar, ni siquiera estoy enfermo de nada. Además, el hecho de que soy homosexual es algo con lo que he aprendido a vivir desde hace mucho tiempo. Desde que tengo memoria, creo yo. Es más, cuando estaba en el kínder recuerdo que nunca me juntaba con mis compañeros, no tenía amigos hombres, puras mujeres. Y no porque me gustara más estar con ellas, sino porque los niños me daban miedo. Me sentía intimidado por ellos cuando estaba cerca. Ahora que lo pienso, posiblemente se deba a que yo me sentía inseguro con mi propia sexualidad, me sentía un niño débil en comparación con el resto, y pensaba que, al estar con ellos, se iba a evidenciar más todavía que no era como ellos. Ya sabe, no me gustaba el fútbol. De hecho, ningún deporte, porque para todos era, o mejor dicho, soy muy malo. Demasiado. Yo siempre fui alguien que prefería pasar el tiempo en otras cosas, leyendo mis cuentos que me regalaba mi mamá y mi abuelita, armando casitas o granjas con mis juguetes que compraba los domingos en el tianguis que se ponía por mi casa. Pero deportes no, excepto cuando me obligaban. Y eso era lo peor que me podía pasar en el mundo, doctora: las clases de educación física cuando entré a la primaria. Ahí sí no me podía escapar del ejercicio. Los primeros años estaba bien, porque solo nos ponían a hacer dinámicas de equipos, cantar canciones o correr por ahí jugando a las escondidas o a la roña. Pero el problema entraba cuando nos separaban por grupos, a las mujeres las mandaban a jugar con los aros o con sogas, mientras a nosotros nos ponían un balón y nos decían "armen equipos y jueguen hasta que se termine la hora". Yo siempre estaba buscando el pretexto adecuado para escaparme. Cuando veía que el profe sacaba los balones de la bodega de deportes, sea lo que sea que estuviéramos haciendo, yo me tiraba al piso o me tropezaba, y alegaba que me dolía muchísimo el tobillo, o la muñeca, o lo que fuera, y hacía que me mandaran a la enfermería. Cuando los maestros se dieron cuenta de mis chapuzas, dejaron de creer en mis lesiones ficticias, aunque también se resignaron a que era imposible que jugara fútbol como el resto de mis compañeros, por lo que me dejaban hacer lo que fuera, siempre y cuando estuviera moviéndome. Ahora que lo pienso, los maestros de educación física no fueron los únicos que se dieron por vencidos en su intento por hacerme un

futbolista, porque también mi papá se llevó una decepción. O no sé si llamarle decepción a eso, porque nunca le importó mucho. Pero sí recuerdo que, en más de una ocasión, me invitaba a verlo jugar con su equipo de señores, siempre con la intención que me entretuviera jugando fútbol con los hijos de sus compañeros. Con ellos era más fácil escaparme, y siempre terminaba debajo de las bancas del campo buscando objetos que se hubieran caído a los asistentes al juego, o detrás de los árboles armando una cabañita con los ladrillos y ramas que encontraba por ahí. Y hablando de juegos, recuerdo que cuando recién salía del kínder y entraba en la primaria, me dio por jugar con utensilios de cocina, de unos chiquitos de barro que también vendían en el tianguis de los domingos. Esos me los compraba siempre mi abuelita, porque era con quien pasaba la mayor parte del tiempo, una vez que mi mamá entró nuevamente a trabajar. ¿Que si ya trabajaba? ¡Claro que trabajaba!, pero decidió tomarse un tiempo de descanso cuando nacimos mi hermano y yo. No sé si lo dije, pero tengo un hermano que es tres años menor que yo. Entonces cuando los dos nacimos, mi mamá estaba en su pausa laboral, a la cual regresó cuando mi hermano tuvo dos años o una cosa así. Total que, casi todo el día, yo estaba en compañía de mis abuelitos, quienes vivían unas calles después de nuestra casa. En fin, pues le decía que me dio por jugar a las comiditas, como le dicen. Yo tenía un montón de platos, tacitas, cucharas, comales y un montón de cosas, todas hechas de barro, de ese que queda súper rugoso porque lo hacen a las carreras. Y pues yo pasaba toda la tarde jugando a que tenía mi restaurante y le servía comida a mis animalitos de granja y luego, cuando mi hermano también empezó a jugar conmigo, a sus muñecos de acción. Aunque mi hermano sí usaba a esos muñecos para lo que estaban diseñados: para mucha acción. Demasiada. Lo digo porque yo quería seguir jugando a la cocinita, cuando aparecía él luchando y decapitando a mis comensales. Terrible. Pero gracioso, ahora que lo miro en perspectiva. Se me olvidaba mencionar que, por ese tiempo, apareció por mi casa un vecinito que se acababa de mudar. En mi calle solamente vivían viejitos o gente con hijos mucho más grandes que mi hermano o yo, por eso, cuando llegó este vecino, todo fue diferente. Era un año más grande que yo y por fin tenía con quién jugar además de con León, que así se llama mi hermano. ¿Y el vecino? Ah, pues él se llama Irving. Y sí, al principio Irving y yo nos hicimos buenos amigos, porque hasta resulta que lo metieron a la misma escuela que yo, entonces pensé que finalmente tendría un amigo hombre en mi salón... pero pues resultó ser igual que el resto, o incluso peor. Le fascinaba el deporte más que al resto, hasta lo nombraron capitán del equipo a pesar de tener poco tiempo en la escuela. Pero sí nos llevábamos bien, de hecho, hasta me defendía cuando los bravucones de mi salón me pegaban o me decían cosas. Ya sabe, cosas que en ese momento pensé que eran normales, pero ahora comprendo y se trataban de viles actos de bullying. Así que no me quejaba, Irving era súper popular en la escuela, pero seguía siendo mi amigo cuando llegábamos a nuestra casa. Un día, lo invité a jugar a mi escondite preferido, detrás de las macetas grandes que mi abuelita tenía en su casa. Ahí tenía guardados todos mis juguetes,

sobre todo mis instrumentos culinarios. Pues gran error haberlo invitado, pues en cuanto los encontró se comenzó a reír y burlar de mí diciéndome que esas cosas eran de niñas, que yo tendría que estar jugando con otras cosas. Ese día yo me sentí triste, accedí a jugar con él con los carritos, pero en cuanto se fue a su casa, yo empecé a lanzar todos mis platitos y cazuelas hacia la pared, hasta que no quedó de ellos más que puro polvo. Supongo que, desde ese día, me sentí más solo que de costumbre. Cabe señalar que Irving ni siquiera terminó con nosotros el cuarto grado. A su papá lo volvieron a cambiar de trabajo y se fueron a Veracruz o algo así. La verdad ya ni sé qué pasó con ellos, le perdí en contacto y parece que ni se acuerda de mí. No importa. Lo mero bueno de la historia viene después, ya en primero de secundaria. En ese año hicieron un revolvedero de gente en los salones, por lo que a mí me tocó con gente a la que nunca le había hablado porque eran de otros grupos. Resulta que, con esa mezcla que hicieron, conocí a los que actualmente son mis amigos: Carmen, María, Julián, Santiago e Israel. De todos ellos, con el que siempre me llevé mejor fue con Israel, porque tampoco le gustaba el fútbol y, además, era muy divertido. Sin embargo, he de confesar, que más allá de amistad, yo empezaba a sentir algo más por él, como si toda su persona me atrajera, incluyendo su físico. De hecho, hace unos meses le escribí un poema, claro que no se lo mandé nunca, ni pienso hacerlo, pero lo escribí para poder clarificar mis sentimientos: resulta que me gustaba. Teníamos doce años, hacíamos todo juntos... creo que resultara lógico que fuera él en la primera persona que me fijara. Aunque, claro está, por esa época yo no era consciente de ello. Sabía que no sentía atracción por las niñas, pero supuse que se debía a que ninguna me parecía lo suficientemente guapa como para generar esa clase de sentimientos en mí. Hasta tengo una anécdota curiosa: no sé si la ubique, pero por esos años había una serie muy popular en la tele, se llamaba "iCarly" y era la vida de una niña, llamada Carly, obviamente, y de sus dos mejores amigos, Sam y Freddie, quienes deciden que van a hacer su propio show por internet. Pues cuando recién salió, todos mis compañeros, hasta Israel, estaban súper embobados con las protagonistas y se la pasaban todo el tiempo hablando de ellas, de lo bonitas que eran y demás. También llegaban conmigo a preguntarme si a mí no me gustaban, y pues yo les respondía que sí. Acá entre nos, doctora, algo que nunca le he contado a nadie, es que a mí, quien realmente me llamaba la atención pues era el tal Freddie. Pero, como dije, nunca hice realmente consciente esta parte de mí. Otro ejemplo, a mitad de primero de secundaria, llegó un compañero nuevo a nuestro salón, se llamaba Alex y estaba muy guapo. Todas mis compañeras, en cuanto lo vieron, cayeron perdidamente enamoradas de él. Yo creo que si fuéramos de caricatura, en ese momento se les habría abierto la boca y se hubieran formado corazones en sus ojos. A todas... y a mí. Pero claro que no se lo dije a nadie. Y resulta que ese día en la tarde, yo estaba viendo la tele cuando llega mi mamá a decirme que alguien me buscaba en la puerta. Salgo y me encuentro con el mismísimo Alex. Ya se imaginará que yo estaba todo emocionado, porque tenía la suerte de ser visitado por el que le gustaba a

medio salón. Aunque tampoco fue para tanto, porque a lo único que venía era para pedirme los cuadernos con nuestros apuntes, para ponerse al corriente y así. Pero eso me bastó, pues lo tenía en mi casa casi todos los días y, mientras él copiaba todo de mis cuadernos de mate y biología, yo aprovechaba para verle su hermoso rostro. Disculpe que le hablé así con tanta confianza doctora, pero es la verdad, para qué le digo que no. En fin, para no hacerle la historia más larga, así como ese ejemplo, tengo muchísimos más. De gente que yo veía en la calle o en películas y que a mí me atraían bastante, algunos por su físico, pero también por su personalidad y demás. Como dije, sabía que yo pensaba y sentía todas estas cosas, pero no había llegado al punto de asumirme como una persona a la que le gustaran los de su propio sexo. Creo que fue hasta segundo año de prepa, cuando empezamos a ver algo de sexualidad, o no recuerdo qué, pero mencionaba sobre los diferentes tipos de orientaciones y así. Fue hasta ese día que comencé a formularme preguntas en mi cabeza y entender muchas cosas de mí: por qué nunca había tenido novia, por qué ni siquiera me gustaba ninguna niña o por qué tenía sueños medio comprometedores con algunos de mis compañeros. En ese momento me dije a mí mismo: "Oliver, eres gay". Y después de eso creo que todo fue más fácil, al menos en lo que se refería a entender mis pensamientos y lo que me gustaba. Fue justamente, en el último año de prepa que tuve mi primer noviazgo. Nos conocimos por una amiga en común y empezamos a platicar y salir, yo ya sabía qué quería y aparentemente él también, así que nos animamos a dar el paso. En fin, esa relación no duró, pero me sirvió para confirmar lo que ya sabía desde mucho antes: que me gustaban los hombres y me sentía bien con eso. Así pasaron algunos meses y luego entré a la universidad. Para ese tiempo todos mis amigos cercanos ya sabían mi secreto. Lo sabía mucha gente cercana a mí, algunos porque se los confesaba directamente y algunos otros porque lo sospechaban. En realidad nunca le di la importancia suficiente a ese tema, pues quien yo quería que estuvieran al tanto eran mis papás. Así que el fin de semana se los confesé. Los reuní a ellos y a mi hermano en la sala de mi casa y se los dije, así sin más: "Soy gay". Y fue entonces que vino todo el alboroto que le comentaba al principio. Mi mamá llorando y mi papá en silencio, luego las afirmaciones de que es una etapa o me siento confundido y que se me pasará luego, que Dios no acepta esas cosas y voy a arder en el infierno... pero ya ve, el mismo Dios sabe cuántos años han pasado desde que lo sé, y estoy convencido que Él no le da importancia a eso porque, si es verdad que me creó tal y como soy, también me ama así, homosexual y todo. Y bueno, me dijeron que viniera con usted porque es muy buena, y ya lo creo, porque me he sentido muy cómodo hablando con usted. Así que, por eso vine, porque me dijeron que viniera disque para curarme, pero yo sé que no estoy enfermo ni tengo nada de qué curarme, y aparentemente usted tampoco. Entonces voy a seguir viniendo a platicar, si le parece, porque sí hay cosas que me gustaría trabajar y creo que me pueden ser de utilidad estas sesiones de terapia. En fin, como dirían por ahí, vine porque me dijeron que viniera, pero me quedo porque quiero. Y pues bueno, muchísimas

gracias doctora... ¿o puedo llamarla Paulina? Porque creo que los psicólogos ni siquiera son doctores, ¿verdad? Ya sé. Ahora sí, muchas gracias, Paulina, nos vemos la próxima semana, si te parece bien.